y seteno permitió a los huexotzincas irse a su casa y les quitó el presidio que les tenia puesto; y el diez y ocheno hicieron los mexicanos la estrena de un templo llamado Cohuatlan, donde fueron sacrificados y muertos muchos de los cautivos habidos en estas guerras dichas (que fueron cuasi sin número); y luego al año siguiente, que fue el diez y nueve del gobierno de este rey, entraron en la tierra los españoles y cesó con su entrada todo esto y las cosas tomaron otro camino; y con esta mudanza se acabó este monárquico imperio como han acabado otros muchos que ha habido en el mundo, como en otra parte hemos dicho.

CAPÍTULO LXXXVIII. *De la manera con que se servía el rey Motecuhzuma en su comida y la gente que le asistía a ella, y audiencia que daba y pasatiempos de que gustaba en aquella ocasión*

POR REMATE DE LAS GRANDEZAS de este rey Motecuhzuma quiero decir lo que otros también han dicho; pero porque no lo han tratado con la misma puntualidad que el padre fray Bernardino de Sahagún, que fue el que más supo de ello, digo con él que era tanta la grandeza de este idólatra rey, que cuasi se quiso parecer a Nabucodonosor en la soberbia; y aunque no se hizo adorar como dios, al menos hízose reverenciar como hombre que parecía endiosado; y en lo que mostraba mucha de su autoridad era en el acto del comer porque comía solo; y era tan grande la abundancia de viandas que se le llevaban, tan varias y de tantas maneras aderezadas, que parece cuasi increíble y podían comer de ellas todos los principales de su casa. La mesa era una almohada o un par de cueros de color; la silla un banquillo bajo y pequeño (que llaman icpalli) con su espaldar hecho de una pieza, cavado el asiento y lo mismo el respaldo, labrado de talla y pintado de colores con todo primor y artificio; los manteles, pañizuelos y toallas, eran de algodón (porque no conocieron lino ni cáñamo ni otra cosa de que poder tejer sus ropas, ni en esta tierra lo hubo si no fue el maguey que sirve como el cáñamo); y era esta ropa tan sutilmente hilada y tejida como la muy fina holanda, y tan blanca como el papel o la nieve; la que de esta ropa se ponía una vez nunca se volvía a poner otra; pero quedaba después de haber servido a la mesa del rey para sus caballeros y oficiales de boca.

Traían la comida cuatrocientos pajes caballeros, hijos de señores, y poníanla toda junta en una sala, y cuando el rey salía a comer mirábala toda y con una vara o con las manos señalaba lo que mejor le parecía, y luego el maestresala ponía debajo de ello braseros para que no se enfriase; y nunca Motecuhzuma dejaba de hacer esto sino alguna vez que los mayordomos le alababan mucho algún particular guisado o potaje. Antes que se sentase a comer llegaban veinte mujeres de las más hermosas de su palacio

y servíanle las fuentes con grande reverencia; luego que se sentaba a la mesa cerraba el maestresala una baranda de madera que dividía la salida para que la nobleza de los caballeros que acudía a verle comer no embarazase la mesa y él solo ponía los platos y los quitaba, porque los pajes ni llegaban a la mesa, ni en aquel lugar hablaban palabra; había grandísimo silencio y si alguno hablaba era de los truanes que el rey tenía o la persona a quien preguntaba algo; y el maestresala estaba siempre de rodillas y sin zapatos sirviendo y no alzaba los ojos para mirar a ninguna parte; no entraba hombre calzado en la sala so pena de muerte; el mismo maestresala servía la copa, que era una jícara de diversas hechuras, unas veces de plata, otras de oro y algunas de calabaza y otras de concha de pescados de particulares y extrañas hechuras.

Asistían a la comida (aunque desviados) seis señores ancianos, a los cuales daba algunos platos del manjar que le sabía bien y allí los comían con gran respeto y veneración. Servíase siempre con mucha música de flautas, zampoñas, caracoles, huesos, atabales y otros instrumentos de poco deleite a los oídos de los españoles, y no alcanzaban otros mejores, ni tenían música de canto (como la que usamos en voces concertadas) porque no sabían el arte, hasta que de los castellanos lo aprendieron (en especial fue maestro de él, en esta nueva iglesia, el apostólico varón fray Pedro de Gante, fraile lego de la esclarecida orden de mi glorioso padre San Francisco), aunque en sus bailes y fiestas cantaban en voces iguales al son de su teponaztli (como en otra parte decimos). Había siempre a la comida enanos, gibados y otros tales para mover a risa, y comían de los relieves de la mesa al cabo de la sala con los truanes y chocarreros (que los que daban en esto eran muy discretos y graciosos); lo demás que sobraba comían tres mil hombres de guarda ordinaria que estaban de ordinario en los patios y plazas, y por esto se llevaban siempre tres mil platos de comida y tres mil vasos con vino (que es una muy notable grandeza de las que se pueden contar de un rey). Jamás se cerraba la despensa y botillería, por lo que de ordinario entraba y por lo que se sacaba. Guisaban en la cocina de cuanto se vendía en la plaza, que eran infinitas cosas sin otras muchas que traían cazadores, renteros y tributarios. Los platos y todo el servicio de vasijas era de barro muy bueno y no se servía al rey más de una vez. Tenía muy gran vajilla de oro y plata, con diversas figuras de animales y no se servía de ella por no usarla dos veces, porque se tenía por bajeza esta continuación de una misma cosa. Llevábanla toda o parte de ella a los sacrificios y fiestas de los dioses. Algunas veces (aunque pocas) comía carne humana, pero ésta había de ser de la sacrificada y aderezada muy por extremo y de otra manera no la comía, como quisieron, falsamente, imputarle algunos que ni lo supieron ni entendieron, sino por mala voluntad que les tenían concebida a los indios. Levantados los manteles llegaban las mujeres (que mientras duraba la comida habían estado en pie asistiendo en ella) a darle agua a manos; y con esto se iban todos a comer, quedando los que eran de guarda.

Ida la gente (y entradas las mujeres en su sala) se quedaba alguno de los seis señores para parlar con el rey, y si el tiempo lo pedía reposaba un poco,

arrimado al espaldar de la silla (que ordinariamente era tan alto como el cuerpo del que estaba sentado y muy proprio para tomar en él el sueño); luego daba audiencia con mucha afabilidad y gravedad, llamando para ello a los secretarios por quien respondía y decretaba lo que se había de hacer. Entraban los que habían de negociar y dejaban a la puerta del palacio los cacles o suelas de que usaban o los llevaban en el cinto, debajo de la manta. En este tiempo de entrar a negociar los grandes señores (si no eran parientes del rey) echaban sobre sus mantas ricas otras más groseras, porque decían que era poco respeto parecer tan galanes delante del rey. Cuando le iban a hablar todos eran iguales en el acatamiento, porque primero que llegasen a hablar hacían tres y cuatro reverencias, no le miraban al rostro y hablaban inclinada la cabeza y tan bajo que si no eran los secretarios, nadie podía entender lo que decían; oía con grande atención, y si de turbado alguno no acertaba a hablar, mandaba que se sosegase y dijese el negocio a alguno de sus secretarios. Respondía a todos con buen semblante y muy de espacio y en pocas palabras; los que habían negociado se volvían a salir sin volverle las espaldas. Acabada la audiencia entraban señores y otros muchos cortesanos y gustaba de oír en sus cantares las grandezas de sus antepasados, cantadas en los instrumentos músicos que ellos usaban. Holgábase de oír hablar a truhanes, porque divertían el cuidado de los negocios, y decía que debajo de burlas decían verdades que sabios no se atrevían a declarar; haciales muchas mercedes, porque era aficionado a ellos; otras veces holgaba de ver jugadores de pies (como los hay de manos, y volteadores entre nosotros los castellanos o españoles) que era cosa muy de ver (y lo decimos en otra parte); deleitábale una manera de juego a manera de matachines, porque se subían tres hombres, unos sobre otros, de pies levantados sobre los hombros, y el postrero hacía maravillas como si estuviera de pies en el suelo, andando y bailando el que estaba enmedio; algunas veces miraba el juego del patoli (que en algo parece al juego de las tablas reales, de que hacemos memoria en otra parte).

CAPÍTULO LXXXIX. *Donde se dice el excesivo número de mujeres que el gran rey Motecuhzuma tenía en su palacio; y se dice también haberse hecho preñadas de él a un tiempo muchas. De su corte, de su guarda y tributos*

RA TAN GRAN PRÍNCIPE y señor en todo, Motecuhzuma, que ninguna cosa tenía para su servicio o para su contentamiento, que no fuese real y digna de tan gran señor; y para ellas y para su asistencia tenía muchas casas (como en el libro de las poblaciones decimos); pero en la de su asistencia, aunque tenía muchos de guarda, dormían pocos hombres en ella; tenía en su real palacio tres mil mujeres, entre señoras, criadas y esclavas (y esto es más cierto que lo que otros dicen, que no eran más de